

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8224

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIEBAS 4

Viernes 5 de Abril de 1889

SUGESTIÓN
Al leer de estos versos el primero, con suave placer te dormirás y sin perder la vista, en el tercero, EL BARCO DE VALENCIA encontrará.

Probarás su café, su chocolate, su té, sus dulces, todo en conclusión, Y salirás como no es un disparate El premio que ganó en la Exposición.

Y al despertar, gozoso y sosegado, Jurarás por tu honor hasta morir, Que no probarás nunca de otra marca Que la que probastes al dormir.

Las pastillas de estos ricos chocolates desde el precio de 4 reales en adelante contienen una tarjeta con el retrato del insigne marino D. Isaac Peral, exijase pues al comprar dicha marca.

Representante General en la provincia de Murcia para las ventas al por mayor, Benigno Sánchez Riqueño. Caridad 8 Cartagena.

DATOS EDIFICANTES.

No podemos resistir al deseo de dar á conocer á los lectores de EL ECO, algunos datos que un senador ministerial ha expuesto en la alta Cámara, con el plausible fin de poner de manifiesto una vez más, el completo desbarajuste de nuestra administración, por lo que respecta al reparto de las contribuciones, principal elemento de ingreso con que cuenta el Tesoro para atender á sus necesidades, que cada día son más numerosas, merced á la prodigalidad con que generalmente se dispone del dinero de los pobres contribuyentes, siendo los de buena fe los que resultan más perjudicados.

Veán nuestros lectores los datos á que nos referimos, y cuya sencilla exposición basta para que todo el mundo quede edificado, pues resulta completamente ocioso todo comentario.

Estadística de la contribución industrial y de comercio

Capitalistas, banqueros y comerciantes que se ocupan en hacer préstamos sobre fondos públicos, descontar letras, pagarés, comprar y vender deuda del Estado, documentos de giros y cuantas operaciones constituyen el movimiento de la alta banca y cambio corriente, solo hay en toda España que paguen más de 100 pesetas de contribución.

170

De estos 170 solo hay que pagar por más de 250.000 y menos de 500.000

1

Por mayor suma de 500.000 pesetas

Ninguno.

En Alicante

Ninguno.

Empleados en Bancos, socie-

dades y particulares. Ninguno.
Especuladores que en Madrid se dediquen á la compra y vent de cereales, harinas, aceites, vino, aguardientes y licores, que paguen 700 pesetas de contribución 4
Profesores dedicados á la enseñanza de la música en Madrid 5
En Barcelona. Ninguno.
Cafés en Madrid. 36
Caballos destinados al servicio de carruajes de lujo, alquileres por temporadas. 20

Después de dar á conocer los consoladores datos que preceden, el senador fusionista ha ampliado sus interesantes investigaciones con los siguientes cálculos:

«En Madrid no hay más que 20 caballos dedicados al servicio de los carruajes de lujo como queda dicho y como según la «Guía de Bailly-Bailliere» existen 82 establecimientos de la citada clase, resulta que cada uno de los indicados establecimientos, está servido por un cuarto de caballo.

En el libro de los Sres. Bailly Bailliere constan 220 cafés, cuando como ya se ha visto, solo pagan contribución 36. Profesores de música resultan 271 y solo abonan cuota contributiva 20.»

Las observaciones apuntadas, pudieran ampliarse al infinito, haciendo un estudio más detenido que el efectuado por el senador ministerial.

Rebuscando en todas las manifestaciones de la actividad industrial y de la riqueza, sujetas á contribuir al Estado, y ampliando dicha disquisición á todas las regiones de España, entonces se vería la irritante desigualdad con que está repartida la tributación, dándose con harta frecuencia el doloroso caso, de que mientras el miserable labrador ó el pobre dueño de un mezquino puesto de verduras, abona una cuota que absorbe sus insignificantes ingresos, existen potentados que con nada contribuyen á las cargas del país ó lo hacen con una cantidad irrisoria, por la posesión de heredades de miles de hectáreas y por la propiedad de suntuosos y productivos edificios.

Los contribuyentes que apenas pueden pagar los exorbitantes impuestos que el codicioso fisco, les aumenta cada día; los que tienen los escasos bienes que todavía les restaban, embargados para con su venta satisfacer lo que ellos no pudieron abonar; los que ya pasaron por la desgracia expresada y de propietarios descendieron á pobres de solemnidad; todos en fin los que se consideren víctimas de las grandes iniquidades que son rosa corriente en esta nación, en parte pueden consolarse de sus desdichas, considerándose fautores de los que labran su desgracia.

El que experimenta una contrariedad y pudiendo hacerlo no la evita; no tiene derecho á lamentar la existencia de lo que está en su mano hacer desaparecer.

Varietades

Solución á la charada inserta en el número anterior.

MARINO

Charada

Que primera es todo juro por mi vida y por mi honor; mas prima dos aseguro que jamás lo fue, lector.

E. E.

MI MUELA.

S. M. dentista hace toda clase de operaciones en la boca, sin causar el menor dolor.

Así decía una tablilla pendiente del balcón de la casa número 3 de la calle del Desengaño.

Este fue el primer recuerdo que vino á mi mente una triste madrugada que fui impudicamente atacado del más furioso de los dolores, que jamás había experimentado, producido por la muela tercera del lado izquierdo en la mandíbula superior.

Un dolor de muelas, en cualquier mandíbula, y sea cualquiera el número que ella ocupe, es capaz de alterar los nervios más pacíficos del más bondadoso mortal.

Apesar de que la madrugada estaba fría, pues estábamos en pleno Diciembre, sudando como un pollo, cuando el pollo suda, me tiré de la cama y di comienzo á toda la recopilación de remedios caseros, sin que entre tantos, uno siquiera me aliviase en lo más mínimo.

Yo me enjuagué con distintos cocimientos y me até al brazo la consabida cuerda de cáñamo con todos los nudos que quise, sin olvidarme de rellenar la carie de la dicha muela con una pildora de opio sumamente morna pero sumamente inútil.

El dolor seguía subiéndome de punto y yo viendo con sentimiento que el juicio iba peligrando.

A las seis de la mañana, ya era aquello el delirium tremens, y era preciso tomar una resolución heroica.

La idea de ir á la calle del Desengaño y ponerme á la disposición del dentista me daba horror.

¿Que haré Dios mío?... me decía, en mi dolorosa soledad: la extracción, un tiro, ó arrojarme al pozo eran las tres soluciones que se me ocurrían para elegir una.

Para dispararme el tiro, me faltaba valor, y pistola. Creo que de tener la segunda hubiérame aun saltado más el primero.

Lo de tirarme al pozo era ya otra cosa, pero la mañana estaba muy fría para dar esperección: no acepté la idea.

Quedaba, como único recurso, irme á la calle del Desengaño así que fuera de día, cerrar los ojos en el sillón del operador, y entregarme en manos de la providencia.

Como el dolor no perdía su intensidad y aquello no daba aspar, así que la luz del sol me dió á conocer que el dentista había abandonado el lecho, como Dios quiso y haciendo fuerzas de flaquezas me dirigí á su casa.

Llamé á la puerta: una mujer no muy bien vestida y con los ojos llorosos de resultas se-gun supe después de un padecimiento que en su niñez le produjo el humor del sarampión, me abrió:

A los pocos instantes me encontraba en el salón de las operaciones, sentado en una silla donde casi maquinalmente sin sentir, desde el momento en que vi sobre una mesa multitud de instrumentos en espera de un víctima á quien sacrificar.

No tardó en hacerme recibir el dolo la empañada voz del profesor dentista que se presentó ante mí diciendo que se me ofrecía.

Con muchísimos modos, y aunque algo aliviado del dolor, sin duda porque el sangui-

que yo experimentaba había obrado en el sistema nervioso, se espuso el terrible padecimiento que aquejaba á la muela tercera del lado izquierdo de mi mandíbula superior.

El operador me hizo abrir la boca; cogió un espejo en miniatura, y una especie de gancho el cual introdujo en la caries produciéndome un dolor tan furioso que yo instintivamente le cogí un bocado en el dedo, que hizo al profesor soltar un adjetivo nada bonito.

—Esta muela está difícil de extraer, pero se extraerá, me dijo.

—¿Difícil eh?... contesté yo: pues lo dejaremos.

—No señor: la muela irá fuera sea como quiera, pues de lo contrario sufriría mucho mi reputación profesional.

—No señor: yo prometo á V. no decir á nadie que he estado aquí.

—Ya le he dicho, que sea como quiera la muela saldrá.

—Sí, así me lo ha dicho Vd., pero eso de sea como quiera me ha afectado un poco.

—Valor: si no sale al primer tirón saldrá al sexto.

—Imposible: antes del tercer tirón habré yo pasado á mejor vida.

—Aguante Vd. la cabeza sobre esta media luna.

—Disculpeme usted, pero he pensado otra cosa: parece que el dolor ha desaparecido.

—No importa: él ha de volver y antes de ello estará la muela en mis manos.

—Yo estoy segurísimo de la habilidad de Vd., pero en este momento no me reconozco con fuerzas para sufrir la operación.

—El miedo no es de hombres: ya le he dicho que ante todo está mi reputación profesional, y yo jamás permito que ningún doliente salga de mi casa sin sufrir la operación que deba hacerle, cualquiera que ella sea.

—Viva Vd. persuadido de que yo elogiaré su mérito científico y artístico donde quiera que me sienta, sin decir que la muela continúa en su puesto.

—Ea, ya me voy yo amostazando. Inclina la cabeza ó tomaré una resolución definitiva.

—Caballero, señor dentista, distinguido operador, apiádense Vd. de un pobre padre de familia que jamás ha conocido el valor y que en este momento está para que le admiren el vástago.

—Silencio: no le permito que hable más.

—¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... que bruto es Vd., quiero decir, qué animal... y dala; que bien tira Vd.

Por terrible que sea el crítico momento de dejar esta vida para tomar posesión de la otra, no tengo duda alguna, que el de la extracción de mi muela fue superior.

Aun, cuando me acuerdo, doy los tres ayes de ordenanza.

No hace muchas noches que los di en el teatro de la Comedia, porque á poco se comenzó el primer acto, y al entrar al insigne dentista, de triste recordación.

Si alguno cree que le son cuento es lo hasta ahora contado, cree mal: hay una segunda parte, continuación y que páne de grande los páne una redonda.

Después de pasarme y tranquilizarme algo del brusco tirón de aquella hora que se llama dentista, vi con el mayor de los horrores, que la dentusa había enganchado la muela vecina de la enferma, y que ésta había quedado inalterable en su puesto después á carenjadas del saca-muelas y de mí.

Este horrendo descubrimiento obró en mí de